

Premio Casa del Tiempo 2009

CATEGORÍA CUENTO

# Historia patria

Pedro Hernández Saldívar

ROSA CAVIAR, NINFETA HERMOSA y salvaje, ojos verdes, rubia urbana crujiente, piernas largas, esbelta natural, voz grave con la que manda su indiferencia al mundo; metida en un marco o burbuja de realidad individual que la hace invulnerable. Absolutamente propia, exquisita y real, contundente. Rosa *Caviar* –motejada así por dedicarse a hacer entregas de cocaína cara– dormía ya desde hace unas semanas en los vagones del Metro y hoteles, pues debido a las peleas por el territorio del narco la buscaban con malas intenciones. Rosa, 17 años.

“Mi familia bien bien bien, les compré un depa, mis patronos les compraron un depa, en la colonia Pensil, iba a ser en la Anáhuac o en Santa Julia pero fue en la Pensil, enfrente, y ya, para que no haya pedo ni preocupaciones ni esas madres; yo voy a estar bien, le dije a Yeni, mi mami, yo estoy bien Yeni, yo no tengo pedos, ande haciendo lo que ande haciendo, no hay dope, ja, ustedes tengan su depa y métanse a vivir allí, yo acá, sin pedos, rolando sin pedos... me ha caído un buen biyuyo... pero me quieren chingar, ja, te lo digo acá... ya me lo *alvirtieron*... ja, pinches zambadas... bajaron ya de Culiacán, dice la Titi, con los guajardos y la chingada, ya todos andan ya en el estado y por aquí...”

“Tons por ahí me hice la pendeja, y en la tarde fui a surfear, hacer entregas, a Tlalpan, Coyoacán, Sanangelín. No no no, ya no me ataco, no se puede, andar surtiendo y jalándole... pues nel, no me dejan... ni ganja ni la chingada, no me hace falta, ya no; me atacaba... chale, me atacaba... pero me safé, me vi un día por dentro y me safé, liqué todo

el purrúm... muchos güeyes pues neta no saben cómo, no pueden, y se clavan más, mis primas, ‘inches chavas... ja... yo miré algo a tiempo en todo el pedo, en el futuro, como se dice... además... ¡me enamoré cabrón!... ¡yo!... ¡me toca a mí! ¡como en las películas o las canciones, ja! ¡es chidísimo! ¡chidí-si-mooo!”

–¿Y de quién te enamoraste? –le pregunta a Rosa *Caviar* el interlocutor telefónico.

“Los besos, ¿no?, uf... sí, los pinches besos... Martel, un chavo de allá, de la Villa Olímpica, hasta allá al sur, ya tiene 21 años, y me quiere... ¡me quiere! ¡a mí! ¡a mí, tan pandrosa!”

–... no eres pandrosa –atajan, desde el Nokia.

“El dice que se llama Martel Mercurio Volante... chale pinche loco... ja, es de familia de biyuyo, hace poesías... que son como rock... su mamá es de Francia. Lo conocí... en una fiesta, él estaba en la fiesta, yo les llevé *bolivia* a esos niños ricos, en San Ángel, por la placita esa de San Jacinto, la empedradita, ya a las once de la noche de un sábado; ‘tonces ya abrieron, entregué, me pagaron, y él me miró desde adentro... ¡cabrón!, con sus ojotes azules, hermoso, todo chidísimo, todo precioso... la noche, el sábado, la lloviznita, las calles, el corazón de las personas, mis huaraches, ja, ¡todo!... y en la parada del Metrobús... ¡que me alcanza! ¡no mames!... que me dice: es que te tengo que conocer, y que le digo pues acompáñame, voy hasta la Juárez, porque le andaba cayendo por esos días en la azotea de Garduño y la Titi, que ya se iban medio año en fuga y me iban a dejar el departamento, amueblado y la chingada... andaba

a la gaviota, pues... y nos fuimos platicando en el Metrobús, y yo miraba sus ojos y sus labios, y escuchaba sus palabras, me cae, sus palabras pocamadre. Martel... íbamos comiendo gomitas, ja... acababa de regresar a México y se acababa de morir su papá, mal pedo... nos quedamos platicando en el parquesito Pasteur de Reformainsurgentes como hasta las dos de la mañana o tres y luego lo invité a mi azotea en Milán porque se quería ir en taxi otra vez al sur y yo le dije que no por lo peligroso, entonces tomamos nescafé y nos acostamos abrazados, con ropa... ¡sin coger! ¡ha sido el único que no me ha querido coger luego luego...!”

\* \* \*

Rosa *Caviar* entró por la estación Norte 45 y se quedó dormida apenas hubo ocupado uno de los asientos dobles de un vagón del Metro de la ciudad de México, línea 6. Ya pasaban de las 12 de la noche. Agazapada, logró permanecer en ese tren hasta los talleres de la terminal Martín Carrera. Marcó nuevamente el número telefónico de su emocionante nuevo novio (“de chamoy, hielo seco, chile piquín”, lo clasificaba) y no lo encontró aún. En silencio, cuando guardaron esa unidad del transporte colectivo, se incorporó para sentarse. Sus mallas blancas brillaban. Su cabello caía del asiento, hacia atrás; se cubrió las piernas con su gabardina y juntó las manos como disponiéndose a orar.

Despertó cuando escuchó una comunicación radial del otro lado de la larga barda de la terminal del Metro; agentes policíacos orinaban fuera de la patrulla. Tembló de frío después de percatarse dónde estaba; había dormido un par de horas. Se incorporó. Encendió su pequeño radio que emitía noticias alarmantes aún. Miró sus zapatillas de tacón de aguja y se arregló la falda frente al vidrio de una puerta del vagón. Se sentó nuevamente y subió sus finísimas delgadas piernas en el asiento de enfrente. Abrió un nuevo paquete de goma de mascar y se llevó a la boca dos laminillas verdes. Extrajo de su bolso un pequeño cilindro de aluminio, color azul cobalto, y lo pegó a los orificios de su nariz dos veces, aspirando. Admiró su brazaletes de oro blanco con zafiros y amatistas, de Baume & Mercier (atraco de su amigo Árbol Galol en Bosques de las Lomas; obsequio). Las luces de gas de sodio de las lámparas exteriores que penetraban al gran patio de talleres atravesaban otros trenes paralelos con alucinantes haces. Infinitas puertas, asientos y ventanas presentaban sus prodigios de luz artificial ante los ojos de *Caviar*. Escuchaba a lo lejos las incesantes sirenas de patrullas policíacas, hacia el sur y

norte, desde el este y oeste; también gritos de multitudes y grupos de sujetos corriendo por las avenidas; disparos y cohetones; motines.

Repentinamente se interrumpió el suministro de energía eléctrica y el panorama fue entonces más espléndido para la chica; todo apareció como un bosque de cristal sin cielo, o con un cielo muy bajo, perturbado por las voces de los enloquecidos locutores que emergían de su pequeño radio. Un cielo con puertas de cristal. Movié el tuning y encontró para su satisfacción la vieja canción “The Lion Sleeps Tonight”, perdida en el cuadrante. Entonces se quedó nuevamente dormida.

\* \* \*

Para terminar de arreglarse, Árbol Galol vertió jugo de limón con un poco de espuma en la palma de la mano y se lo untó en el cabello después de haberse peinado. “Guapo, carajo”, pensó para sí, observándose en el espejo, de frente, de tres cuartos, de espaldas, girando el cuello sobre sus hombros tatuados con la “llave del cielo”. Canilludo, mostró el puño al espejo con el brazo extendido. Se dijo “buen perrón”. 28 años de edad. Enseguida golpeó el piso con las plantas de los pies para constatar la fortaleza de sus piernas enfundadas en botas protomilitares, y brindarse seguridad. La chamarra de piel le levantaba el ánimo, pues lo presentaba como un hombre “de buen camello... chale”. No podía evitar mirarse continuamente en el espejo: las múltiples heridas en el rostro, los ojos enrojecidos por las continuas borracheras, barbitúricos y narcóticos, resguardaban una mirada lúcida, atenta a todo; una mirada que en estado colérico, atemorizaba. Un tipo de felino asfaltado, encanallado. En su pequeño baño de losas enmohecidas murmuró frente al espejo de bordes oxidados: “Cuando me encabrono, doy miedo...”; eran las 3:32 a.m. Fino y navajón; jirito y pependenciero. Después de dormir todo el día con tufos de anfetaminas y alcohol, iba a la vida.

Salió de su departamento de la calle Medellín, en la colonia Roma, con una bolsa de botellas vacías que dejaría para el hombre del carramato de la basura. Cuando bajaba por la escalera la energía eléctrica se suspendió (“risquear, risquear bien”, pensó en su labor). Distinguió a algunos gatos atravesar la oscurísima calle y recordó alguna escena vivida en su infancia. “A las diez ya debo tener, cinco, diez kilos.” Palpó en la bolsa de su chaqueta la estupenda Browning ‘22 automática, plateada y completa, pesada y ligera, digna; con tres recámaras hirvientes de un plomo negro azulado. Con la visión de los gatos recordó el suceso del día anterior en el transporte público cuando observó la grupa, la cadera que ensombrecía el espacio, las estupendas

piernas envueltas en pantimedias negras de una pasajera al abordar el vehículo que atravesaba Polanco; por unos segundos sus ojos se encontraron e involuntariamente la mujer miró las manos huesudas de él puestas sobre las rodillas; cruzó la pierna izquierda sobre la derecha y dejó flotando el eléctrico sonido del roce de la licra, exquisito... Galol rememoró ese sonido gatezco...

Cruzó la colonia Roma caminando, hacia el Centro Médico. Recordó en el trayecto ahora a Rosa *Caviar*, su mirada fría de niña-adulta la tarde anterior. Ya eran casi las cuatro antes meridiano.

\* \* \*

Martínez Martínez llegaba al encuentro con Árbol Galol y el comandante Trigo Palomero, en un antro de la calle Doctor Andrade, a una cuadra del Eje Tres Sur, entre la colonia Doctores y la colonia Buenos Aires, atrás del Centro Médico, con dos coches acompañantes, un Infiniti Q45 blanco y un Mercury vino.

—Entonces qué pasión, mi Arbolillo. Aquí el oficial presta oídos. Al tiro —dijo, llegando y sin saludar, escupiendo las palabras, salpicándolas, el comandante Palomero. Ni siquiera entraron al lugar.

[Un caso. Martínez, Gamaliel Martínez Martínez, motejado *Repapacullotte* por un viejo militar francés, capacitador de policías en México. Forjado en los resabios del Servicio Secreto (Independencia y Revillagigedo. Placa 149), Martínez pasó luego por la División de Investigaciones para la Prevención de la Delincuencia —la puerca DIPD. Apañador en 1957 del luchador “rudo” y expresidario Pancho Valentino, quien fuera victimario del sacerdote Juan Fuyana Tabernier. Con labores misteriosas y especiales, garantes en el movimiento estudiantil de 1968 —que optó por olvidar, negar, borrar de su mente, raer de la memoria— Martínez volvió a participar el 10 de junio de 1971, inverosímilmente].

El viejo no hizo ningún intento por bajar de la suburban Cadillac Escalade, del año, con agresivísimos vidrios polarizados, sin placas. Fumando un purito Ornelas interrogó sin mirar a Galol respecto de personajes y situaciones, lugares, movimientos, horarios... sólo para escuchar su voz, la tesitura. El joven delincuente respondía, mirando la barda exterior del panteón francés y el voluminoso anillo del veterano policía. Le iban a hacer “un encargo”.

—Qué periódico lees, grandote —preguntó ya para irse, en realidad desinteresado todo el tiempo, hastiado de las entrevistas de ese día, *Repapacullotte* (“Papá Culote”, le apodaban sus subalternos, casi como un secreto, mordaces), inaudiblemente, con una voz grave, cascada, de viejo ex-

perimentado policía, conocedor de los movimientos de las personas por su vestimenta, la mirada, la opacidad o brillo de los ojos, la colocación y movimientos de las manos o la postura de los brazos al sentarse, por el corte de cabello, la graduación del cuello al mover la cabeza, por el tipo de golosinas preferidas, la masticación, el desgaste o pulimento cotidiano de suelas y tacones —la erosión hacia el “norte” o “sur” del perímetro se leía como rangos de agresividad o violencia contenidas o reales—, el tipo de calcetines y hasta por las preferencias musicales. Aunque como todo científicismo vuelto personal, Papá Culote creaba sus admoniciones individuales siempre cruelmente; excediéndose. Una interpretación que de tan fría se trocaba jurídica.

—Esteee... es que no leo los periódicos, mi jefe —contestó Galol, atolondrado-encabronado, inclinándose hacia la ventanilla.

Gamaliel Martínez calló, percibiente de “algo”. Nunca habló del encargo, sólo lo atisbó, con gruñidos, lo que fue de inmediato asombrosamente procesado y entendido por Galol. Subió el vidrio y ordenó al chofer, Filiberto, partir; con otra señal levisísima indicó retirarse a los otros dos coches, el blanco y el guinda, que se fueron a avenida Cuauhtémoc y de ahí hacia el sur. La madrugada ya le dolía, se percató. En pocos minutos la suburban estaba en Chivatito, Alencastre (4:35 antes meridiano), para subir a su casa de Tecamachalco que le regaló Gustavo Díaz Ordaz antes de morir. Pensó en su pasado al observar las luces de Los Pinos. Hacía mucho tiempo que no transcurría por ahí, pues siempre subía por Reforma, por precaución; “nada por el pinche Periférico, Fili”. Recordó los brazos tendidos por los políticos “más vergas”; los jefes policíacos agradecidísimos con él; los “estorbos” eliminados. “Todo me lo he merecido... y se lo han merecido quiénes... cómo *jijo* de la chingada no, pues”, se dijo, para apaciguarse. Se confortaba de esa manera cuando tenía remordimientos por sus crímenes “políticos”; él, que no le interesó nunca “la polaca”; (“yo chambeo, pongo los güevos y plomo y mi enjundia sobre pendejos. No fuera quien soy, chingá”). Un oscuro y temible predador, vitriólico, como la oficialidad mexicana creó, propició, educó y prohijó. Como los miles de personajes terribles y temibles; “segundones” enquistados en los recintos oficiales, sexenio tras sexenio, con encargos específicos, sucios, de criminalidad por pagos estratosféricos al grado de volverlos inexistentes, o renacidos con otros nombres y personalidades, como agradecimiento. Sardos, secretarios, sátrapas, policías, “monitores”, vigilantes, choferes, camanduleros, “gatos”... pululantes y sádicos; aperrados e incondicionales hasta la ignominia...

\* \* \*

Martínez Martínez recordó, sin proponérselo, la mirada de mangosta erguida de Árbol Galol, minutos antes, cuando subía la ventanilla electrónica de la camioneta y ésta arrancaba; el especial aspecto de los ojos, rencorizados, coruscantes, y los brazos sueltos, caídos, pero atubados, como para iniciar una pelea callejera. No lo había mirado directamente, lo sintió; “sintió” la Browning (“a güevo que traía un cuete”); percibió toda la imagen y el acontecimiento con el rabillo del ojo, y eso, esa percepción y ahora ese recuerdo, lo perturbaron. Supo que el joven delincuente admiró el pulimento de la carrocería, las molduras y la ausencia de placas reglamentarias del vehículo; o las perfectas muñequeras de su camisa Eddie Bower, y eso le produjo

también una vaga mortificación. ¿Por qué? Sin embargo, a los pocos minutos quedó dormido e inmediatamente empezó a roncar, el chofer ya sabía que entonces tendría que disminuir la velocidad y dejar que la seda de los ocho cilindros arrullara al viejo policía. “Ya se jeteó el *jediondo*, *‘ijoelachi...*”, pensó el sirviente-chofer, fastidiado, hartado, que era requerido para todo, y a cualquier hora, por el conglomerado de la familia: llevar y traer caprichos; limpiar faltas y soportar malos genios. Lo único “respetable” era copular ferozmente con la hija mayor del viejo, la “quedada”, solterona consentida de 45 años, que llevaba todos los negocios del padre (especulador, acaparador, hambreador, bodeguero, introductor, intermediario...), quien había



*Descenso horizontal, aguafuerte*



incursionado ya en negocios de piratería fina para derivar casi electrónicamente en el narcotráfico; para “invertir” y dejar ya el “servicio público”, pues no podía hacerlo antes debido a los gravísimos lazos de “hermandad” con cientos de casos y asuntos ignominiosos.

Árbol Galol giró y se encontró con el rostro de Trigo Palomero —un igualmente corrompido viejo policía que ascendió desde vigilante de barrio; xochimilca, rústico hasta la barbaridad— luego que Martínez Martínez se había ido “a chingar a su madre”:

—El viejo es cabrón... y culero. Y *aiga* cosa ya tú sabes que esa *combinación* es bien *ojeta* para el que la soporta, mi Galón. Hazle el paro al general y me alivianas a mí *tanbién*, vale... y *manque* las cosas así no se vean, tú *tanbién* sales ganando —adelantó Palomero, fumando un apestoso cigarrillo Casinos (“quién sabe dónde los compra, el buey”, se preguntaban intrigados sus subalternos, burlones) utilizando al hablar una variación idiomática de castellano antiguo con arcaísmos e idiotismos, para Árbol Galol encabronantes.

—¡Chale chale, mi jefe! —casi interrumpió Galol, sonriendo, con las manos dentro de la chamarra y pateando con suela y tacón una piedra— ¡Pos cuál general, no me chingue! Si la neta me cai que a ni sargento llegó, puro brazo ejecutor, mi jefe, puro operacionista... ¡a poco no?! Y siempre me sale y saca *usté* que general, que la chingada...

—Hállale y miéntale como bien te suene, mi cabrón, yo ya tampoco le tengo *voluntá* al mono ese. Pero sí te lo restringo aquí: ya te puso la ceja, y él ya sabe que tú *trais* lengua, que eres visionudo... no le quieras agarrar los güevos al tigre...

—¡*Péreme péreme*, Palomero! *Péreme*. Ya entonces todo ya al chile. Vine porque *usté* me llamó. Ando limpio... no...

—¡Eso *crés* tú! ¡Yo escarbo y sale... aunque sea cualquier chingaderita, cualquier madrecita! —interrumpió esta vez Trigo Palomero, iniciando de inmediato un grado de cólera, arrojando con los dedos pulgar y anular, casi hasta la acera de enfrente, la colilla del cigarrillo sin filtro. Los dos agentes que lo acompañaban en una camioneta Cherokee y un *madrina* miraron interesados hacia las dos cabezas parlantes, sin ninguna intención de intervenir; “si el pinche espadero ese lo tuerce, *pos* que lo tuerza”, comentaba uno a otro, con cierto odio hacia el comandante Palomero; “pinche indio”.

—¡Le digo que si *usté* quiere al chile, *pos* al chile las cosas! ¡*Queobas*! ¡Y sépale: ya las cosas ya cambiaron! ¡*Usté* ni va a rascar ni la verga! ¡Traigo otra protección más cabrona, más peluda, más dedona!... —Galol habló enérgico, zumbó el sonido españoleta de los dedos anular y pulgar dos, tres

veces en la banqueta— ¡Yo estuve allá adentro y se bisbisean el guatote de cosas de la gente de Martínez! ¡Por puro ñango interés me enteré! ¡El viejo y su banda deben de a madre de cosas...! —“allá adentro” era el Reclusorio Norte.

—¡Allá adentro y acá afuera, no seas lelo!... y qué, qué pinche pedo. *Aigas* lo que *aigas oyido*, qué, qué puto pedo vas a hacer tú, pinche jodido... ¡Y éyele: escarbo porque escarbo! ¡Te encuentro al fumanchú porque te lo encuentro! ¡Tú qué chingada madre, qué pedo!

El comandante Trigo Palomero quiso contrarrestar su inquietud ante la transformación intempestiva de Árbol Galol. Esperaba algo así en algún momento.

—... ¡bájele, bájele, bájele!... ¡si *usté* mismo dice que ya no le atora... *‘tons quiobo*...! *Ire*... —Galol reconsideró, entonces, su historial, su actitud perruna, y transformó completamente su persona; lanzó un terrible gargajo, espeso, verdinegro, un embrión de mantarraya de su océano interior de encabronamiento, rencor... como si ahí fuera toda su renuncia a la obediencia— ¡Nell! ¡mira, ponte a las vergas, Palomero! ¡Hasta aquí llegamos...! ¡Me reemputas...! ¡*Namás* de verte... *jijo*! ¡Y te digo que todo va ir para la chingada, pinche matute culero! ¡Tu pinche dizque general *jediondo* se bota a la verga, tú te botas a la verga, la ley se va a la chingada! ¡*Namás* porque yo lo digo! ¡Y sábele!...

—... ¡Érriaaaa! ¡*Pos* qué güevotes te nacieron *redepente*, cabroncito! ¡Érriale! ¡Si conozco todo tu chingado historial, papá! ¡Te enchiquero a las de ya! —el comandante cortó, tasajeando la madrugada; hablaba chirriando las muelas, enervadísimo; tal vez más alterado porque Galol lo tuteara... pero también cáustico, como quien observa a una víbora nauyaca erguirse...

—... ¡nos vamos los dos! ¡nos vamos los dos!, ¡a güeevo que nos vamos los dos culeros! ¡y me aviento el tiro para clavar al Martínez! ¡lo pongo! ¡a quien tenga que ponérselo se lo pongo! —sentenció Árbol Galol, retirándose abruptamente, iniciando varias carcajadas liberadoras, inconclusas, con los ojos abiertísimos, caminando hacia atrás, poniendo su índice en el pecho y aventándolo luego a Trigo Palomero, tres, cuatro, cinco veces, como arrojando alpiste a las palomas de una plaza; luego, con la mirada severa (la que usaba cuando atracaba; la que metía, inyectaba miedo de inmediato) amenazó, contundente— ...¡ya son un *chinga-putamadral* de cosas! ¡te voy a chingar, Palomero! ¡te la vas a tragar!

El comandante se quedó mirando la suela de aquellas botas y el pantalón sin valencianas alejarse por la grasosa banqueta. Dejó de tallar las muelas y sintió la boca seca, toda la saliva desapareció, se evaporó... él, tan salivoso. Buscó su cajetilla de cigarros sin filtro, un dulce, goma de

mascar... y se percató que le temblaban las manos. Tuvo retrotracciones infantiles: deseó un jarro de pulque, una soda “Lulú”. Nunca había visto a Árbol Galol irritado, enfurecido, y quizá eso hubiera sido muy conveniente saberlo desde hacía mucho; enterarse que también, algún día, se podía rebelar, encabronar, ese “fantástico” raterillo; quien llegó a ser uno de los mejores *portes* de la ciudad, casi admirable por su finura y efectividad para abrir bolsos, extraer carteras, monederos, billeteras (“hasta pantaletas”, bromeaban los *judas*, los jueces, los eme pes).

—Qué trancita, mi jefe, ¿qué le cantaba el roñoso?—preguntó a Palomero *el madrina*, acercándose, intrigoso.

—Nad... pásame un tabaco... *jodesupinch...* —dijo el comandante todavía con el enarcamiento de cejas, rebudiando, sintiendo cómo le “subía el azúcar” inconteniblemente.

—*Tá'usté* blanco...

—Nad... Ya *'ámonos* a la otra madre... *'ijoelach...*

\* \* \*

\* \* \*

A las cinco de la mañana en el lado sur del Estadio Olímpico de Ciudad Universitaria un helicóptero negro sobrevolaba los estacionamientos buscando descender; dos automóviles, un Infiniti Q45 blanco y el Mercury color vino bajaron varios sujetos esperando el descenso de la aeronave; había otro vehículo, una Cherokee, alejado, como precautoriamente, desde donde otros hombres observaban; del helicóptero bajaron tres tipos; todos se reunieron —tenían aspectos de gangsters “latinos”, empresarios o agentes policíacos—; dos o tres quedaron en los coches, alejados; discutieron; entonces dos de los hombres se alejaron un poco, tres cuatro metros, y se llevaron las manos a las cinturas, como fajándose o cerciorándose de las hebillas de sus cinturones; había mucha bruma. Tres patrullas policíacas llegaron lentamente por la parte poniente del estadio con torretas y luces apagadas; se detuvieron en una pendiente y un policía bajó y habló por teléfono, rascándose los testículos con fruición y mirando hacia la reunión de hombres, constatando algo. “En ehhh... pasamos ya en estos momentos; vamos a salirnos de área *pátomar* ruta otra vez... Traigooo... el chinguer de sueño... Luego *ai* arreglamos... salgo salgo”.

Luego el helicóptero levantó el vuelo. Las patrullas y los coches echaron a andar. La cilindrada de los motores se escuchaba fría en toda el área del estadio. Ya eran las cinco de la mañana. El transporte colectivo entraba a la zona de San Ángel bajando de los pueblos de Contreras, con pasajeros adormilados. Una patrulla se fue hacia el sur por Insurgentes, otra por avenida Universidad, y la tercera dobló en U para tomar Revolución hacia el norte.

Los coches se detuvieron brevemente frente al mural en altorrelieve de Diego Rivera en el lado norte del Estadio Olímpico, sobre la lateral de Insurgentes, comunicándose con luces intermitentes, cuartos y direccionales; uno de los hombres arrojó desde el Infiniti un envase de agua Perrier. Luego la Cherokee y el Mercury arrancaron con alta velocidad, entrando a los carriles centrales de Insurgentes, hacia el sur, a 120 kilómetros por hora, para luego acelerar a 130. El coche blanco echó reversa y bajó por el puente de la Rectoría de la UNAM, para dar vuelta en U hacia el norte; pasando lentamente, frente al jardín conocido como “el llano en llamas”, en el lado poniente de la Rectoría, los cuatro gangstas admiraron la sinuosidad de ese bosquecillo; el rocío y la vaporización de la madrugada despidiéndose, los primeros trinos, el césped humedecido, las leves hondonadas, la conjunción de jacarandas, pinos y arces, la suavidad de la percepción misma, les aligeraron los espíritus.

Rosa *Caviar* localizó por fin a su novio Martel cuando éste despertó para ir a la universidad; ella esperó que él hablara primero luego de saludarlo; él le dijo te quiero mucho más que nunca o siempre, te anduve buscando; soñé contigo; Rosa no supo qué decir, ya iba en la estación Bondojito y las palabras de Martel le envolvieron el corazón como entre algodones. Se encontró con Árbol Galol en la estación Candelaria y de inmediato el joven delincuente la llevó a un corredor poco transitado para besarla casi interminablemente, disfrutando la lengua caliente y los labios hinchados de Rosa desvelada; le dio una fuerte cantidad de dinero a la muchacha y luego se miraron de frente y él dijo pareces artista; ella pidió los labios de él nuevamente, entregada y excitada por la media vigilia; después Galol se despidió justificando que iba ya a trabajar con “Chucho Labra en las tijuanas, de cercas”, que Rosa se cuidara, que Garduño le iba a entregar “una buena lanota de ahora en adelante”, que eran instrucciones de “los señores”, que se cuidara de “la familia y la federación”, y que mejor ya se fuera “desafanando poco a poco de toda esta porquería, estás morrita todavía”. Gracias, le expresó Rosa con la mirada. Se separaron y Rosa *Caviar* salió y fue dormir al hotel Universo, en avenida Circunvalación, para aguardar las cinco de la tarde y encontrarse con Martel Mercurio Volante en la plancha del Zócalo. •

PEDRO HERNÁNDEZ SALDÍVAR. Escritor mexicano. Contacto: caballozx@gmail.com